

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 293

Sevilla—Viernes 19 de Diciembre de 1902

AÑO XXVI

Don Alfonso á Portugal

Se ha confirmado oficialmente que Alfonso XIII, en un plazo breve, devolverá á D. Carlos la visita que éste le ha hecho, con la circunstancia de que visitará, además de Lisboa, algunas otras ciudades importantes del vecino reino; y se afirma al propio tiempo que algunos de los buques de nuestra escuadra se hallarán en Lisboa á la llegada del rey de España á la capital portuguesa.

Con este motivo han comenzado las fantasías, y esos periódicos que guardaron silencio cuando nosotros dimos la noticia de que el viaje del rey de Portugal á España tenía mucho mayor alcance que una visita de cortesía, en cambio, ahora se lanzan á hacer conjeturas y á hablar de posibles y aun probables alianzas, orientadas en una dirección contraria á la que parecían inclinarse los gobiernos anteriores.

Aunque el Sr. Silveira es hombre que procede con ligerezas impropias de un estadista y de un gobernante, no le creemos tan desatentado que proceda con las precipitaciones que se supone, y que, sin una gran meditación, comprometa más de lo conveniente los intereses que le están confiados.

La cuestión, escabrosa de suyo y erizada de grandísimas dificultades, puede originarnos un serio conflicto, de consecuencias muy trascendentales, aparejadas de evidentes peligros que comprometan en un momento cualquiera la integridad nacional.

Es una aventura que puede costarnos muy cara, y en la que desde luego entra por factor importantísimo la suspicacia de nuestros vecinos, que, en lo que á España se refiere, se les hacen los dedos huéspedes, y tal vez el primer anuncio del viaje de D. Alfonso produzca efectos contrarios en el vecino reino.

La madeja internacional, más enredada cada día, ofrece ancho campo para las más estúpidas especulaciones, y hoy de nuevo, con motivo de la confirmación del viaje proyectado, hecha por el primer ministro de Alfonso XIII, hace que nuevamente las cancillerías europeas se ocupen de nosotros; y que los grandes periódicos alemanes, ingleses y franceses, nos satiricen sin compasión como acostumbran, dirigiendo los ataques, no á los gobiernos, sino al pueblo español, que hasta ahora permanece extraño á las combinaciones internacionales de los gobiernos del rey, siquiera haya dejado enterever con bastante claridad de qué lado están sus simpatías y las conveniencias más favorables al desarrollo de sus intereses materiales, y al fomento de sus industrias, y á la expansión de su comercio, y al desarrollo de sus poderosas fuentes de riqueza.

¿A qué adelantar ideas sobre los acomodos, inteligencias y aproximaciones á este lado ó al otro?

Dar la voz de alerta es lo primero y lo más interesante, para que el Gobierno vea claramente que hay opinión, que hay pueblo que discute, y que será inútil todo cuanto intente sin que antes lo someta al juicio público, para que la nación en masa emita su veredicto, sin el cual será trabajo perdido cuanto á esto dediquen los ministros del rey.

Al pueblo ya no se le puede llevar á ciegas, comprometiéndole en locas aventuras, tan favorables para la familia privilegiada como el famoso pacto de familia que determinó nuestra rápida caída, y que, de realizarse ahora algo semejante, nos arrastraría hasta el abismo.

Aconsejen los ministros visitas de cortesía y cuantas excursiones de recreo y de sport crean oportunas, pero cuiden mucho de no comprometer los intereses nacionales, porque el pueblo no lo tolerará.

A. A.

Murmuraciones

El general Borbón y Castellví está en el candelero.

La prensa madrileña le dedica columnas enteras, reseñando la última batalla que ha ganado dicho señor.

Se espera que, por el Sr. Ministro de la Guerra, se proponga al tal Borbón para un ascenso.

Dícese que la entrevista de dicho Borbón con el Gobernador de Madrid fué afectuosísima.

El Gobernador cogió al General por las solapas, y el General cogió al Gobernador por la cintura, y... en esa actitud parece que los sorprendió un inspector de policía.

Y no pasó más.

El Gobierno, por su parte, parece que está algo apesadumbrado, por encontrarse, al primer tapón, con un Borbón haciéndole trente.

No pasará la cosa á mayores, porque á estos asuntos hay necesidad de echarles tierra para que no produzcan mal olor.

Los periódicos de nuestra capital se han dedicado, á falta de otros asuntos de mayor interés, á quemarle la sangre á los politiquillos que aquí bailotean.

La campanada dada desde Madrid por el Sr. Ruiz Martínez ha puesto en guardia á unos y otros: á los fusionistas, porque ven la perspectiva de seguir siendo personas importantes con bastón de borlas; y á los conservadores, porque ven en vilo los provechosos y autoridad soñados.

Es seguro, casi segurísimo, de que en nuestra ciudad no habrá disgustos, porque el señor Marqués de Paradas es el encargado de arreglarle todo como quiera el jefe del partido conservador, que es el que meneja los muñecos de uno y otro bandos, porque el jefe liberal sevillano ni siente la política, ni la sabe dirigir... aunque es como el perro del hortelano: que ni come ni deja comer.

En estas alturas, los únicos que pudieran tener opinión, que son los elementos borbollistas, están á la capa, á ver venir, y no se deciden ni á ser amigos de los liberales de Paradas, ni á ser enemigos de los conservadores.

En esta situación equívoca salen á la luz, yo creo que paridos en siete meses, los llamados canalejistas... otro break de politiquillos fuera de sazón, en donde todos quieren ser cabeza de ratón y ninguno cola de león.

Estos, para evitarse disgustos mutuos, y con el fin de acallar toda clase de pasioncillas, se acogen al manto protector del Sr. Conde de Santa Bárbara, un buen señor, digno de los mayores respetos, pero quien, escamado ya por los desengaños que ha sufrido sirviendo de banderín á todas las ambiciones y de tapadera á todos los disgustos, jura y perjura que él no está con nadie, ni nadie ha ido á hablarle, ni piensa en otra cosa que en la santa tranquilidad que su inmensa riqueza le proporciona y que sus acahiques y avanzada edad necesitan.

Y hay otra cosa además, y sobre esto deseo llamar la atención de los que en estas cosas se ocupan, y singularmente de los canalejistas.

El Sr. Conde de Santa Bárbara, en una conferencia celebrada con un redactor de *El Noticiero*, ha abominado del régimen imperante, no de los hombres, sino del régimen.

Para que los curiosos y mal intencionados se percaten de que es verdad lo que digo, voy á copiar literalmente lo que *El Noticiero* cuenta que le dijo dicho señor en la conversación que sostuvo ayer con él.

Dice así:

«Quisiera, pues, seguir coadyuvando—en la medida de mis fuerzas—á procurar mejoras en el estado del país y en la situación de nuestra capital; á que nuestros hijos hallo otro régimen y otras costumbres más en armonía con las conveniencias de España y el modo de ser de las personas.»

Que quiere decir: Oro régimen: la República, por ejemplo. Otras costumbres: las costumbres democráticas, que son las que influyen en el modo de ser de las personas honradas. Yo creo que estas son las conclusiones que deben sacarse en puridad.

Se ha fugado del presidio de Cartagena un truhán llamado de apodo *El Chato*, y que es un gran criminal. Le habrán dado algún destino, y es claro, el hombre se va á desempeñar pronto, no lo vayan á dejar en el presidio metido, teniendo su credencial.

El Papa ha hablado á la cristiandad, no sé si por medio de una encíclica, ó de una circular, ó de otro documento.

Lo que sí es que dice un colega, ocupándose en ello:

«Asegura el Soberano Pontífice que la restauración de la vida cristiana fuera imposible sin un clero en el cual resplandecieran en todo su esplendor las virtudes sacerdotales.»

Ha hablado como Dios.

Y como al clero le falta precisamente ese resplandor de que habla el Santo Padre, claro está que la restauración de la vida cristiana ha de tardar algún tiempo.

Todo el tiempo que tardan en llegar las virtudes sacerdotales que quiere comprar la Iglesia católica por dos pesetas diarias para los chicos, y por miles de duros para los grandes.

Como los actuales Gobiernos españoles no se atreven á tocar á Roma, temiendo, según dicen ellos, á su inmenso poder, un señor que conoce ese poder inmenso, escribe:

«El Papa y Rampolla no tienen poder alguno; los obispos son unos pobres hombres más tímidos que liebres; los frailes unos farsantes vulgarísimos y toscos; los jesuitas, vulgares mercachifles religiosos, maquiavelos de guardarropa, que en viendo á un hombre ponen mala cara, no saben dónde meterse y que se creen felices el día que una marquesa, ó aunque sea la cocotte amiga de un ministro, los recibe en su casa y les encarga una misa de á duro.»

Toda la fuerza de esa gente de hábito está en la lengua... pero si les dejan moverla; entre los necios se cree que pueden promover una guerra carlista; los carlistas avisados, y todo el que tiene sentido común, saben que eso es mentira.»

Lo que me ha llamado más la atención es eso del poder en la lengua.

¡Qué cochinos!

En Valladolid han hecho los jesuitas otra estufa de las suyas.

La Bastilla, que es un semanario de aquella ciudad, cuenta:

«Dentro de esa familia existe una señora llamada viuda de Acebo, y tenía y tiene aún, un capital de alguna importancia; dicha señora padecía, según dicen, enajenación mental, y algo de esto debía existir cuando fué recluida en el manicomio de Ciempozuelos; parece que antes de llevarla á dicho establecimiento de salud, visitaba mucho á esta señora y á la familia citada, el padre Gómez, de la Compañía de Jesús.»

Parece igualmente que dicha señora, apesar de su estado, sacó más de veinte mil duros de un establecimiento de crédito, y ahora resulta que no se sabe la inversión dada á esa cantidad.»

Se habrán invertido en misas para rogarle á Dios que le devuelva á la pobre señora el sentido común.

Pero como las misas no sirven para nada, ni Dios se ocupa en esos encargos que le hacen, resultará que la señora seguirá loca y los miles de duros sin parecer.

CARRASQUILLA.

¡BUEN VIAJE!

—¡Quintanapalla, dos minutos!

¡Qué frío! El viento sutil penetra hasta los huesos. Un blanco manto de escarcha cubre el endurecido suelo. El campo parecía entumecido, yerto. En el cielo, de cristalina transparencia, las estrellas se entremecen como si les alcanzase la helada. Agustín sube el cristal de la ventanilla y se cobija tiritando en su rincón.

El tren habla. El rozamiento de las ruedas, el chirrido de los ejes, el crujir de los tablones, el tintineo de las cadenas, forman una voz potente, ensordecedora que, con obsesiva monotona, repite siempre una sola frase:

—¡Vuelve á casa! ¡Vuelve á casa! ¡Vuelve á casa!...

¡Sí, volver! Para reanudar el hilo de su existencia estéril y vacía, para ser el hazmerreir de todos los brutos de la aldea, para soportar de nuevo los sarcasmos de su padre y oír la voz agria de su madrastra que le reprocha el pan que come. Esta vez es cosa hecha. Ha pasado el Rubicón como César; ha quemado las naves como Cortés: Se acabó *Alca jacta est*, que dijo el otro.

¡Y hala, hala! El monstruo furioso, de abrasadas entrañas, devora los kilómetros sobre la desolada estepa. Corre desenfrenado, loco, ansioso por llegar, cual si un soñado paraíso, una dicha inefable, le aguardaran allá, tras los límites del horizonte. A la vaga claridad estelar se bosquejan confusamente imágenes informes, mons-

truosos, engendros de pesadilla. Parece como si el paisaje entero se precipitara en dirección contraria con velocidad de vértigo. Brillan lejos, en medio de la oscuridad, las luces de un pueblo dormido. Pasan postes del telégrafo, alineados como centinelas, humildes casetas, albergues de la indigencia, árboles sin hojas que alzan al cielo sus ramas desnudas. El tren sigue hablando, sólo que ha cambiado el ritmo y la cantinela. Ahora le pregunta á Agustín:

—¿Adónde vas? ¿Adónde vas? ¿Adónde vas?...

¿Adónde? Allá, al campo de la lucha, al suelo del destino, donde se triunfa ó se muere. El triunfará. Tiene juventud, tiene alientos; sabe sufrir, sabe esperar. Tiene, sobre todo, fe en sí mismo. Los comienzos serán difíciles; el combate será rudo; tanto mejor; así valdrá más la victoria. ¿Que muchos antes que él han sucumbido? ¡Ah! es que no fueron á la batalla pertrechados como él. El es poeta; él cree en su genio. Réstale sólo lograr que los demás participen de esa creencia. ¿Y cómo no? Su inspiración no es ya una nebulosa; algo de ella se ha condensado. Allí, en su pobre maletín, van las cuartillas en que vertió sus ensueños de adolescente. La crítica le hará justicia. Recuerda sobre todo la hermosa elegía á España espirante, en que parece revivir el acento del gran Leopardi:

¡Oh, patria, asombro un tiempo de las gentes, Ahora ludibrio de la vil canalla

Cual matrona en ramera convertida...

Pues ¡y aquel tiernísimo madrigal, digno de emular con los mejores de nuestros clásicos, que empieza:

Suave, blanca azucena
Cuajada de rocío...

Sí, el éxito es indiscutible. Pero Agustín no se satisface con eso. Invadirá el campo del teatro y el de la novela. Ejercerá el magisterio de la crítica. Cultivará la ciencia y la filosofía. Colaborará en revistas y periódicos. Hará acaso política, ¿por qué no? política, se entiende, elevada, política de ideas. ¿Quién sabe si no llegará á alzarse por ese camino á las más altas cumbres del Estado?

Y en la mente de Agustín surge entonces la eterna visión de los veinte años. Será rubia, alta, esbelta, gallarda, graciosa, elegante. Será hermosa, muy hermosa y sobre todo buena, muy buena. ¡Cómo se querrán! El conquistará, para ponerlos á sus pies, fortuna y renombre. Ella, agradecida, le hará en cambio el don celestial, el presente divino; el querubín de cabello de oro, de ojos de cielo, de fresca y hechicera boquita, modelado como un ángel de Murillo, mezcla de nieve y grana como formado con pétalos de rosa...

¡Dios, qué frío! Agustín recorre á grandes pasos el estrecho departamento y se entrega á los más violentos ejercicios de la gimnasia de salón. Come luego un pedazo de pan, bebe un sorbo de aguardiente y se encuentra algo confortado. ¿Qué noche! ¿Cuándo acabará aquella noche? ¡Si pudiera dormir! Coloca el maletín á guisa de almohada, se estienda sobre la tabla dura y trata de cubrirse lo mejor que puede con la ética manta y el fermentido gabán. Una pesada somnolencia invade su cerebro, en el cual penetran, á través de las brumas de aquel sueño incompleto, las penosas sensaciones del frío y la fatiga. Los ruidos del tren se han acentuado, formando en su conjunto una voz desatemplada y chillona. ¿Qué dice ahora aquel tren tan charlatán y entrometido?

¡Ay de tí! ¡Ay de tí! ¡Ay de tí!...

¡Extraña amenaza! ¡Sinistro presagio para el que huella, lleno de esperanza, el dintel de la vida! Por dicha, Agustín no es supersticioso. Cree en el porvenir, tiene fe en la justicia inmanente de las cosas. El no ha merecido el infortunio. Su corazón es generoso. Nunca hizo mal á nadie, nunca lo hará. Anhela la dicha á todos. En sus sueños de prosperidad ha habido siempre una gran parte para los demás. Si ambiciona el éxito no es por egoísmo. Quiere desrramar en torno suyo la dicha y la alegría. Aspira á pasar por el mundo haciendo bien. A ser ello necesario, sabrá sacrificarse por la humanidad, por la patria, por las ideas. ¿No hay una providencia para los buenos? Agustín confía en esa providencia.

